

**AUTORES VARIOS, *TERRORISMO
Y SEGURIDAD*,
BOGOTÁ, EDITORIAL PLANETA
COLOMBIANA, 2003**

César Torres Del Río

La colección de ensayos contenidos en este libro aparece en momentos cruciales para la vida política del país. Asistimos diariamente a las escenas de horror como resultado de masacres, secuestros, minas antipersonales y actos terroristas como los cometidos contra el Club El Nogal en Bogotá y un barrio completo en la ciudad de Neiva. El terror, pues, y su correlativa pareja dicotómica, la seguridad, están en el centro del debate. Sin embargo, para decirlo de una vez, el libro no se coloca a la altura de las circunstancias.

En efecto, con excepciones, ni el terrorismo es analizado a fondo ni la seguridad se disecciona en sus múltiples facetas. La tonalidad general es la ausencia de rigor intelectual pese a que los es-

critos son adaptación de conferencias presentadas en abril de 2002 al foro "Terrorismo, secuestro y seguridad personal" organizado por *E.J. Krause & Associates, Control Risk Group* y la revista *Semana*.

Veamos en primer lugar el texto del historiador inglés Malcom Deas, titulado "El nuevo mundo: la cambiante percepción internacional del conflicto colombiano y su impacto sobre el país". La única observación sobre el nuevo mundo es que éste nació el 11 de septiembre. Pero de sus características actuales así como las diferencias con el anterior —o de sus continuidades, que las hay— y, sobre todo, del efecto sobre el país y de las modificaciones en las percepciones internacionales sobre el conflicto interno no hay afirmación alguna que merez-

ca la pena comentar. Antes que percepciones, se trata más bien de opiniones escuchadas en conversaciones informales con algunos funcionarios subalternos de uno que otro gobierno europeo o del norteamericano. Como afirmó hace unos años un sagaz y sarcástico historiador colombiano, la historia de Malcom Deas es puro cuento...

En el mismo sendero se halla el análisis de Reinaldo Botero Bedoya sobre la "Seguridad ciudadana democrática, derechos humanos y derecho internacional humanitario". Aunque el autor enfatiza correctamente en una verdad de a puño, que el asunto de la seguridad se ha centrado en la protección de las instituciones estatales antes que en la del ser humano, paradójicamente a lo largo de 13 páginas el lector sólo encuentra generalidades sobre la naturaleza del Estado y lo que deben ser sus funciones así como lo que deberían hacer los ciudadanos para fortalecer el Estado y exigir de él su protección. Si Botero Bedoya fuera coherente con su argumento, se esperarían, por lo tanto, propuestas específicas sobre la actuación de la sociedad civil para alcanzar una mayor eficacia en la búsqueda de una solución política del conflicto y en la generación de una cultura que garantice y reafirme su papel para encontrar la senda de la seguridad democrática y ciudadana, paralelamente y en conjunto con el Estado, y para defender en todos los rincones del país los derechos humanos y obligar, con las acciones de millones de colombianos, a los actores armados a cumplir el derecho internacional humanitario.

Y ni qué decir del escrito de Plinio Apuleyo Mendoza "Las FARC: un en-

clave terrorista en Colombia". Que las FARC apelan a métodos terroristas para el cumplimiento de sus fines políticos lo sabemos y sufrimos. Y los colombianos debemos enfocar los infinitos ángulos desde los cuales tratar el fenómeno y avanzar análisis constructivos, lo que Apuleyo no concibe. Creo que quienes manejan estos temas, sea desde el Estado, la academia o la política, conocen de antemano la unilateralidad y maniqueísmo de los análisis de Apuleyo. O sea, antes de que escriba ya ellos saben qué va a decir y, por lo tanto, que no tienen que tomarse la molestia de leerlo. Pero en esta ocasión sí leí su texto, por obligación claro, sólo para confirmar que es unilateral y maniqueo y que no tiene nada que ofrecer al gobierno y a los colombianos.

Que es lo que sí hacen el sociólogo Eduardo Pizarro y el filósofo Fernando Estrada con sus textos "Terrorismo y democracia. El caso de Colombia" y "El escudo de Aquiles. Seguridad, Estado y nuevas guerras". Veamos. En un contexto que permite observar la percepción oficial norteamericana, Pizarro lidia con una caracterización sobre el terrorismo para distinguir los diversos tipos-ideales que de esos grupos hay, como por ejemplo, los patrocinados por el Estado, los de extrema derecha e izquierda, los nacionalistas, los político-religiosos, los de causa única (*single issue terrorism*) y los de delincuencia (común) organizada. Después nos habla de un próximo cambio en la naturaleza del terrorismo, "dejando de ser un simple método utilizado de manera sistemática o no por actores de distinta naturaleza para convertirse en una forma específica de guerra, la cual es

denominada *netwar* o guerra de redes" (pp. 43-44). Frente a ella, nos dice, hay ya hoy una nueva doctrina cual es la de "disuasión avanzada", o anticipación, que consiste en capturar a los terroristas antes de que puedan actuar.

Y esto le sirve para analizar el caso colombiano. En su opinión, en nuestro país se han presentado tres modalidades de terrorismo: la impulsada por los agentes estatales, que "presenta una tendencia a la disminución"; la del crimen organizado, también en decadencia, y la de la extrema izquierda y derecha, que "está en auge". En referencia a las acciones terroristas de las FARC y el ELN, considera que vistas una por una las explicaciones dadas por distintos sectores ninguna es satisfactoria (signo de debilidad, creciente militarización de las FARC y pérdida del sentido político y maximización del potencial guerrillero de desestabilización) y que más bien se trataría de una combinación de las tres —postura que nos parece facilista y que le resta brillo al análisis—. Finalmente, Pizarro aboca la difícil cuestión de si es posible implementar una política antiterrorista sin caer en el autoritarismo; apelando a un recurso académico válido —referirse a lo dicho por otro, el profesor Paul Wilkinson, para interpretarlo a la luz de las condiciones colombianas— concluye, aparte de otras consideraciones, que ello sí es posible siempre y cuando un Estado democrático no se apoye en grupos paramilitares.

De otra parte, en un buen análisis que combina lo teórico con lo histórico y lo político y sin ofrecernos una salida, pues no parece ser su intención (y además, creo, no siempre hay que hacerlo), Fer-

nando Estrada nos habla de las frías guerras y posguerras, de la administración norteamericana y del panorama europeo, de la visión militarista de la cultura política después del 11 de septiembre y de su impacto geoestratégico sobre el Estadonación, de las "nuevas guerras" —según la caracterización de Mary Kaldor— y de los Estados sin Leviatán (fragmentados, sin poder y sin monopolio de la fuerza). Ello le sirve de sustento argumentativo para afirmar que "Las FARC o el ELN... no pueden ser caracterizados... como grupos de bandoleros, narcoterroristas o delincuentes" (pp. 146-147). No avanza más en esta tesis, pero tampoco da pie para criticarla por incompleta.

Sin embargo, en estos dos últimos textos hay una evidente debilidad y es su ausencia de tratamiento de la relación entre seguridad y desarrollo económico. Hoy en día el tema de la seguridad debe ser considerado en un más amplio concepto y de manera distinta a como se concebía durante el período de la guerra fría, y por lo tanto se impone su desmilitarización como una política de Estado. Y es allí donde cobra vigor la variable desarrollo. Nos parece que las miradas desde el Estado y desde la sociedad civil deben dirigirse a otorgarle primacía. De allí que la fórmula "seguridad para el desarrollo" sea equívoca. Toda la experiencia vivida en América Latina en las últimas tres décadas nos señala que para que podamos acceder a la seguridad democrática debemos promover ante todo el desarrollo económico.

Por último, debemos referirnos a un texto que se encuentra a medio camino entre la superficialidad arriba señalada y

los dos últimos análisis que reseñamos. Es el escrito de Román Ortiz titulado "El Estado colombiano frente a las FARC: buscando respuestas a una nueva amenaza insurgente". Lo que salta a primera vista es que el autor no conoce debidamente nuestra historia - con perlas como la de que las FARC están "más cerca ideológicamente de organizaciones armadas de orientación populista nacionalista como el desmovilizado M-19" (p. 164); que tienen una "elevada flexibilidad político-ideológica" demostrada a lo largo de su historia... (p. 160); y que una ventaja ineludible para su supervivencia ha sido su "alejamiento de la ortodoxia comunis-

ta... (p. 164) -. Además, Ortiz no parece manejar la extensa producción intelectual que hay sobre el conflicto interno pese a que su *curriculum* evidencia tratamiento en cuestiones de seguridad y defensa. Como sea, en este texto el lector encontrará argumentos interesantes acerca de las opciones del Estado para mejorar la estrategia contrainsurgente, los cuales contribuirán al debate sobre la temática.

En suma, el libro reseñado no colma las expectativas del lector. Tampoco llena un vacío. Pero tiene un mérito: asoma al ciudadano a la problemática y lo induce a repensar nuestra realidad.